

cen rosas tan suaves! Cercad, Dios mío, cercad, como dijisteis por Oséas (1), nuestros caminos de espinas: *Sepiam viam tuam spinis*; para que á cualquiera parte que pretendamos huir, nos lastimen y precisen á entrar en el camino recto que nos lleva á Vos, pues sois el objeto único en que se hallan sólidos consuelos. ¡Amorosos castigos los del Señor, con que nos doma como á un novillo bravo é indómito! Alabemos, hermanos míos, su admirable Providencia, contra la que estuvimos para murmurar al vernos cercados de tantos males: alabemos la misericordia con que nos aflige para nuestro bien.

Ya veis que en medio de las felicidades continuas viviais tal vez sin ley, sin razon, sin Dios: vuestro Dios era el vientre, vuestra razon las pasiones, vuestra ley la voluntad desenfrenada, y la regla de vuestras acciones el apetito; pero, sobreviniendo las necesidades, se trocó la abundancia en miseria, la vanidad en abatimiento, los regalos en aflicciones, el regocijo en lágrimas. Entónces recurristeis á María; y esta comunicacion, que al principio fué interés, se cambió en amor; y este amor sagrado todo lo fué mudando con el tiempo. Se enterneció el corazon de Dios con los ruegos de la Virgen, y con su intercesion se ablandó tambien el vuestro; y á poco tiempo se halló en los brazos de Dios el que era su capital enemigo; y el que ántes, como aquel soldado furioso rompió con la lanza el costado de Jesucristo, ahora entra arrepentido por esa puerta de misericordia á lavarse en su amorosa sangre.

¡Qué alegre es, pues, este día, en que nace la que ha de cambiar nuestra suerte, la que ha de convertir nuestras necesidades en alegría espiritual, y el castigo de nuestros pecados en medios de nuestra eterna felicidad! Lloren enhorabuena los que viviendo afligidos, no recurren á la fuente de su consuelo; que nosotros debemos alegrarnos invocando á la beatísima Virgen en las necesidades: en esta Señora hallaremos socorro, amparo y santo amor recurriendo á sus altares, y tendremos en nuestro corazon á María y á Jesús. Así sea.

(1) OSEE, II, 6.

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES.

*Descendit, et interfecit leonem
tempore nivis.*

Descendía y mató á un leon, en ocasion de una nevada.

(I, PAR. XI, 22).

En todos los confines de la tierra se encuentran templos erigidos para gloria de María. En Oriente aparecieron ya en los primeros siglos del Cristianismo, en el Occidente fueron anteriores al culto de los Apóstoles y de los Mártires. España venera á la Virgen como tutelar de sus principales iglesias; Francia le dedicó más de cuarenta catedrales; Alemania, Inglaterra, Polonia, Dinamarca, Suiza, Italia, están llenas de estos públicos monumentos, que la piedad y las riquezas de príncipes y pueblos consagraron á la augusta Madre de Dios. Dificilmente se encuentra ciudad, villa, aldea, en donde, ya en medio de una plaza, ya en las márgenes de un río, ya en la cumbre de una colina, ya en las playas del mar, no se encuentre alguno de estos signos de filial devocion.

Si bien es verdad, que no todos los templos erigidos en honra de María se distinguen por la riqueza de su arquitectura, por la suntuosidad de su construccion, todos son espléndidos por los maravillosos prodigios en ellos conseguidos, por la abundancia de las gracias en ellos concedidas. A éstos acuden con mayor frecuencia los fieles, en éstos se admira mayor copia de ex-votos y se experimenta mayor abundancia de beneficios. De ahí traen su origen tantos célebres santuarios, tenidos en grandísima veneracion, á los cuales recurrimos con viva confianza en demanda de proteccion contra las angustias de la presente peregrinacion, y en los que responden á las fervientes plegarias de los afligidos gracias innumerables por parte de María.

Uno de estos santuarios, uno de estos templos, quizás el más célebre de estos santuarios y el más rico de estos templos es aquel, del

cual trae su origen el título con que hoy veneramos á María, llamándola Nuestra Señora de las Nieves. Porque, en efecto, es tan prodigioso el hecho que dió lugar á la construcción de aquel templo; son tantos los recuerdos que hacen célebre áquel santuario; son tan espléndidas las misericordias que han hecho á este título objeto de la veneración de la Cristiandad, que, sin duda alguna, debe ser preferido entre los demás templos, entre los demás santuarios, entre los demás títulos con que veneramos á la Santísima Madre de Dios. Llamado á hablaros en medio de la santa alegría de la solemnidad que hoy celebramos, y no siéndome posible, hermanos míos, exponer todo lo que en este asunto debería decirse, porque ni el tiempo ni la ocasión lo permiten, me concretaré solamente al objeto de las palabras que sirven de tema á este discurso: *Descendió y mató á un león en ocasión de una nevada.* Dando por señal la nieve, María descendió del Cielo para indicar la erección de un templo, lo cual demuestra una especial predilección al templo por ella misma mandado edificar. *Descendió en ocasión de una nevada.* Erigido el templo, María, bajo el título de Nuestra Señora de las Nieves, concede innumerables mercedes contra los peligros y asechanzas que por dó quiera nos suscita el león infernal, demostrando así cuan grato es á sus ojos ser venerada con esta advocación. *En ocasión de una nevada mató á un león.* He aquí el doble argumento que me propongo desarrollar; y aunque en este valle de lágrimas tenemos todos la seguridad de ser protegidos por María cuando á Ella acudimos con verdadera fé, voy á demostraros cuánto podemos esperar de María invocándola bajo el título de Nuestra Señora de las Nieves: A. M.

Que el templo y el título conocidos con la denominación de Nuestra Señora de las Nieves, son especialmente caros á María, nos lo demuestran los hechos. La misma historia del suceso que dió origen al templo y al título nos suministra un testimonio amplísimo é irrefragable. Escuchad, hermanos míos, y no solo vosotros, que sois tan devotos y piadosos, sino también aquellos otros que, presa de la superstición y del fanatismo, aquellos que se muestran descreídos é indiferentes ante la fama de los celestiales prodigios, no podrán dudar de la verdad de cuanto he dicho.

Corría la mitad del siglo iv de la Iglesia, y gobernaba la cátedra de S. Pedro el papa Liberio. Juan, patricio romano, que á la nobleza de su sangre unía riquezas considerables, riquezas que administraba con espíritu cristiano, no habiéndole dado su esposa hijo

alguno en el tiempo que llevaba de matrimonio, deseaba con sus muchas riquezas acometer alguna obra que fuese grata á la augusta Reina de Cielos y tierra. Fijó en esto su pensamiento, oró por largo tiempo, distribuyó cuantiosas limosnas, y con las repetidas súplicas, y con la profusión de limosnas esperaba que la Virgen, benévola y propicia, le diese á conocer su voluntad. Llegaba entre tanto la noche que precedía al 5 de agosto del año 352; yacía todo en el silencio más profundo, cuando la beatísima Virgen se le apareció en sueños, indicándole que fabricase en su honor un templo, designándole al efecto el monte Esquilino, y, precisamente, en el lugar que á la mañana siguiente encontraría cubierto de fresca nieve.

No os admire, hermanos míos, que se trate de un sueño: pueden sobrevenirnos vanas visiones durante el sueño, siendo éste un tiempo de quietud y adormecimiento de nuestras potencias intelectuales; pueden también, así en la vigilia como en el sueño, presentarse al entendimiento algunas verdades, algunos misterios, algunos acontecimientos por caminos superiores al orden natural de las cosas. ¿De cuántos sueños misteriosos no nos hablan las historias eclesiásticas? ¿De cuántos sueños misteriosos no nos dan cuenta las mismas divinas Escrituras? Fué, mientras Adán dormía en sueño profundo, cuando Dios tomó una costilla del primer hombre é hizo de ella á la primera mujer. Durante el sueño vió José, como su manojó de trigo se mantenía derecho y se inclinaban ante él los manojos de sus hermanos; y durante el sueño vióse también José objeto de la adoración del sol, de la luna y de once estrellas. Fué en la hora en que Samuel dormía, cuando el Señor le reveló cuanto había de sobrevenir á la casa de Heli. De noche era también y en la hora del sueño, cuando Salomón se encontró enriquecido de sabiduría universal. Y por no hacer demasiado larga esta enumeración, tan solo añadiré, que también durante el sueño les fueron reveladas á Abrahán, á Daniel, á Judas Macabeo, á San José, á los Reyes Magos y á San Pablo cosas estupendas. Nada de increíble tiene, por tanto, que la beatísima Virgen hubiese elegido la hora del sueño para presentarse á uno de sus devotos, y, con aquella sonrisa que enamora á los Angeles y á los Santos, le indicase el uso que deseaba hiciese aquel su devoto hijo de sus inmensas riquezas.

Cierto que con frecuencia, la fuerza de la imaginación nos presenta en sueños mil y mil fantasmas, que perturban nuestra inteligencia con las apariencias de la realidad que revisten; pero también es incontestable, que en el hecho de que nos ocupamos no puede alegarse

la menor duda, no puede atribuirse á un fenómeno de vana ilusion su demostrada veracidad. Porque en la misma hora en que Juan estaba soñando, en la misma hora y en la misma noche en que el piadoso patricio era favorecido con la celestial visita, éralo tambien su esposa; presentóse tambien á ésta María, repitiéndole las mismas palabras con que deseaba se le erigiese un templo, dándole como señal del lugar elegido al efecto la misma presencia de la nieve. Y yo creo que á la mañana siguiente, cuando ambos esposos se comunicaron recíprocamente la vision con que se habían visto favorecidos durante la noche precedente, repitiéndose el uno al otro las mismas palabras, las mismas exhortaciones por cada uno separadamente oídas, las mismas minuciosas circunstancias del extraordinario prodigio, no podrían menos de encontrarse maravillados sobremanera. ¿Fué, pues, debieron decirse, fué pues la misma Madre de la misericordia la que se nos ha aparecido? ¿Fué la misma Reina del Universo la que nos ha hablado? ¡Oh Señora! ¡oh Madre! ¡oh Reina! ¡Dios te salve! Y miéntras tanto, apresúranse á cumplir el mandato recibido, á complacer á la Virgen en el encargo con que les había honrado.

Preséntanse al Pontífice, refiérente la celestial vision, relátanle... Mas hé aquí otro nuevo prodigio, otro nuevo argumento en confirmacion de la realidad del hecho que refieren. El Papa Liberio había tenido, en la misma noche, en la misma hora que los afortunados cónyuges, la misma é idéntica vision que ellos le relataban. Así se le había aparecido tambien la beatísima Virgen, á él tambien le había hablado, lo mismo que á Juan, del nuevo templo y del lugar en que quería le fuese edificado. Desde entónces el misterioso acontecimiento hizose superior á toda duda, no dejó lugar á la más remota desconfianza. Supuesto un fantástico alucinamiento en el patricio, supuesto en su esposa el mismo error, no podía, no cabía admitirlo en un tercero tan distante de ellos como el Sumo Pontífice. Era, pues, la misma Virgen quien se había hecho visible; era la misma aparicion que se mostraba á los atónitos ojos de las tres personas; eran idénticas las palabras que habían oído; era el mismo mandato el que habían recibido. ¿Qué excéptico podrá levantar la cabeza en señal de duda? ¿Qué incrédulo podrá, ante tanta y tan palpable evidencia, responder con la ironía del desprecio ó del sarcasmo?

La aparicion, como habeis oído, ocurrió el 5 de agosto, es decir, en el rigor de la más calorosa estacion del año, y, precisamente, en ese tiempo de tanto calor, cuando los ardientes rayos del sol abrasan

la tierra, la Virgen dió como señal del lugar en donde quería se le edificase el templo, aquella parte del Esquilino que apareciese cubierta de fresca nieve. Multitud de personas acudieron desde luego á contemplar el hecho extraordinario; acudió el patricio Juan, acudió el pontífice Liberio, acudió multitud grande de clero y pueblo; acudió en procesion muchedumbre de nobles, plebeyos, hombres y mujeres; acudió toda Roma, en donde el prodigio se había divulgado, á contemplar la misericordia de María. Allí se encontró la nieve recién caída, y su disposicion tal, que presentaba la planta de un templo. Así que, dadas las debidas gracias á Dios y á la Virgen, en medio de los sublimes y alegres cánticos de toda Roma, congregada espontáneamente en el lugar designado, púsose solemnemente la primera piedra del sagrado edificio, que, pedido por la augusta Reina del Cielo, á la augusta Reina del Cielo se dedicaba. Ahora bien; despues de un acontecimiento tan extraordinario, y por tan grande muchedumbre de gente plenamente comprobado; despues que tan selecta concurrencia de hombres probos y religiosos reconoció como indubitable la aparicion referida; despues que todos, los hombres más sábios del pueblo, los individuos más celosos del clero, no dudaron ni un momento de la realidad del celestial prodigio, ¿quién podrá sostener jamás que todo ello fué una mentira, una fábula, una historia romanésca? Sé muy bien, hermanos míos, que los incrédulos y los impíos repiten con gran facilidad esta acusacion contra cuanto atrae á nuestros santuarios; pero sé tambien que, cualesquiera que sean las acusaciones y las diatribas de la iniquidad, jamás podrán oscurecer las obras de la omnipotencia celestial. Cerremos, pues, los oídos á la insana palabrería, y dando entero crédito á todo lo que motivó la edificacion del templo de Santa María la Mayor, confesemos ser verdad, que la Virgen, en ocasion de una nevada, descendió del Cielo para visitarnos.

Y su visita no pudo ser ó simple, ó infructifera. Si ninguno se postró jamás en vano ante los altares de María; si ninguno le dirigió jamás en vano sus plegarias, es indudable que estas plegarias no podían ser desoídas, que estos votos no podían ser desatendidos en un santuario por María deseado, y por orden expresa suya edificado. Rica de aquella caridad que la hace tan propicia á escuchar nuestras súplicas, llena de aquel poder que le permite socorrer nuestras necesidades, con aquel corazon cuya ternura á la de ningun otro puede compararse, con aquellos oídos que no tienen semejante en atendernos, con aquellas manos siempre prontas á favorecernos, bien de-

mostró la Santísima Virgen cuantas gracias se proponía derramar, cuantas mercedes se proponía distribuir, bajo aquella advocacion de su predileccion especial. Por tanto, así como se verificaron las primeras palabras que encabezan este discurso, se verificaron tambien las segundas; es decir, que descendió á visitarnos en ocasion de una nevada para ayudarnos en nuestras desventuras, para consolarnos en nuestras miserias, para fortificarnos en nuestras calamidades.

No pudiendo recordar aquí todas las gracias obtenidas por las súplicas dirigidas á María en el nuevo templo y en torno al nuevo altar, me concretaré solamente á referiros unas cuantas. Enumerarlas todas sería imposible, aún cuando prolongase por mucho tiempo este discurso, aún cuando tuviese privilegiada memoria: me limitaré, por tanto, á algunas de las más notables y públicas, que bastarán seguramente á demostrar cuan bien conviene á la Virgen, venerada bajo el título de las Nieves, el nombre de piadosa Bienhechora.

La Italia assolada por la guerra, afligida por el hambre más terrible, devastada por grandes inundaciones, había caído bajo el azote de una mortífera peste. No se encontraba en ningun lado preservacion contra el castigo, remedio contra el mal, tregua al padecimiento. Dolores agudos en las visceras, tumores en las carnes, sangre copiosamente derramada por narices y oídos, convulsiones en los miembros, sed inextinguible aprestaban en tres días la muerte. Salían de la ciudad á centenares los carros fúnebres, y en las calles no se veían más que hambrientos mendigos; el terror se apoderó de todos los ánimos, convirtió en cobardes á los más valerosos. Era entónces pontífice San Gregorio Magno, quien, despues de haber exhortado al pueblo á llorar por las culpas cometidas, y á aplacar con penitencias á la airada divina justicia, dispuso que se hicieran rogativas públicas en la iglesia de Santa María la Mayor, ó sea, en el templo llamado de Nuestra Señora de las Nieves. Y sucedió entónces que sobre la Mole Adriana, llamada más tarde Castillo del Santo Angel, apareció un ángel en la actitud de envainar la espada del castigo. Cesó la peste, sucedió al llanto la alegría, al terror el regocijo; grande fué el júbilo en Roma, y notorio á todos que la gracia se obtuvo por las preces dirigidas á María en el templo por voluntad suya edificado.

Reinaba el herético emperador Constante, cuando el papa S. Martin fué objeto de crueles y diarias persecuciones. Acechado continuamente por los puñales de los griegos, rodeado de toda clase de asechanzas, vió muchas veces el Pontífice en peligro su propia vida. Llegado cerca de él Olimpio, chamberlan del príncipe, para condu-

cirle prisionero á Constantinopla, y no pudiendo vencerle con la violencia, despues de haber puesto por obra reiteradas tentativas, recurrió á la traicion. Con súplicas, con promesas, con amenazas, con dádivas, sedujo á uno de los escuderos pontificios, para que en el momento en que el Papa celebraba los divinos oficios en la iglesia de Santa María la Mayor, y en el acto mismo en que administraba á los fieles la Sagrada Eucaristía, le diese de puñaladas. Acomete la empresa el escudero, espera el momento señalado, desenvaina el puñal homicida, corre; mas, al dar el primer paso, siéntese repentinamente atacado de ceguera. El Papa se salvó, y Olimpio fué obligado á confesar en su corazon, que ni las fuerzas de los hombres, ni las del Infierno, podían realizar sus inícuos designios allí donde se alza el templo de Nuestra Señora de las Nieves.

Navegaba en cierta ocasion por el mar de Provenza el cardenal Pedro Colonna, que se dirijia á Aviñon, cuando sobrevino una horrorosa tempestad. Nubes preñadas de relámpagos y de rayos se cerraban sobre la nave; olas potentísimas se estrellaban contra los costados del frágil bajel; abismos espantosos abrían sus inmensas fauces para devorar el barco; perdido el timon, tronchados los palos, destrozadas las velas, podía decirse inevitable el naufragio. En aquel terrible momento, en tan tremendo peligro, teniendo sobre la cabeza los encapotados nubarrones, de cuyos senos partían uno tras otro los rayos, y á los piés abierto el abismo como insondable tumba; cuando el arte de la navegacion era completamente inútil y la infeliz embarcacion flotaba á merced del espumoso oleage, Colonna se acordó de Nuestra Señora de las Nieves, dirigióle fervorosa súplica, invocala propicia en tan crítica situacion; el viento cesó como por encanto, calmáronse las embravecidas olas, sosegóse la horrisona tempestad, y la nave arribó felizmente á puerto.

Inútil es decir, que la fama de este y de otros prodigios se divulgó prontamente, no solo por Roma y por toda la region del Lacio, sino tambien por los países más lejanos y hasta por el mundo entero, acrecentando la devocion en todos los ánimos á la Virgen de las Nieves, de cuyo patrocinio se esperaban nuevas misericordias y nuevos beneficios. Inútil es decir, que en accion de gracias por tantas mercedes recibidas, resplandecieron con insólita pompa los altares del suntuoso templo, vistiéronse de gala sus paredes, resonaron bajo sus bóvedas suaves armonías, y la imagen de María en el título de las Nieves fué devotamente celebrada. Y que la augusta Madre, de tal suerte venerada, se mostró en el imperio de Reina de Cielo y tierra, y apareció

riquísima de aquel cetro ante el cual todo respetuosamente se inclina, no yo, sino las mil voces de los que fueron ya espectadores, ya partícipes de su maternal beneficencia lo comprueban. Hablen pues por mí los que á Ella han recurrido, ora implorando valor para resistir en las tentaciones, ora auxilio en sus gravísimos peligros, ora salud en sus crueles enfermedades, ninguno de los cuales dejó de ser consolado por María con inagotable bondad. Por mi parte bástame repetir lo que en su Breve decía Paulo V, es á saber: que Santa María la Mayor ha sido siempre objeto de grande y esplendoroso culto por la devoción de los fieles y por los muchos prodigios por su intercesión realizados.

Esta es, hermanos míos, la causa principal de la grandísima celebridad que alcanzó el templo de que nos ocupamos. No negaré yo, que varias otras causas concurren á su famosa nombradía. Concurre á su gloria el haber sido colocada allí una imágen de María pintada por San Lucas, que trasportó á Roma santa Elena desde Jerusalén, donde era celebradísima con mucha devoción. Concurre á su gloria el haber sido allí colocados por el pontífice Teodoro, á mediados del siglo VII, los insignes restos del pesebre en donde nació Jesucristo, como reuniendo en su mismo lugar los dos más dulces y santos objetos de nuestro culto, Jesús y María. Concurren á su gloria las obras de los Papas, que, queriendo de año en año aumentar la magnificencia del templo, lo recubrieron de mármoles y de estucos dorados, lo enriquecieron con columnas de granito en los dos órdenes jónico y corintio, y la dotaron con espléndidos ornamentos de plata y oro. Concurre á su gloria el ser por dignidad superior á todas las iglesias erigidas á María en el mundo cristiano, siendo despues de la basílica Lateranense la segunda de las cinco patriarcales, y no existiendo otra en que puedan ganarse mayor número de indulgencias. Estas y otras causas concurrieron á la mayor celebridad de un templo, tan célebre ya por la vision del patricio Juan, por la nieve prodigiosa que lo diseñó, y por la eleccion expresa de la Madre de Dios. Pero más que todo esto concurrió á su gloria el conocerse por los continuos prodigios allí realizados, que es como un lugar de gracias, un manantial de beneficios, una fuente perenne de continuas misericordias.

En corroboracion de esto, podría tambien citaros los diversos nombres que en el trascurso de los tiempos y por distintas causas se dieron al templo por mandato de María erigido en el Esquilino. Llamósele de Santa María de las Nieves, por las nieves que, improvisamente

caídas, indicaron el sitio y señalaron la forma del santo templo. Llamósele de Santa María del Pesebre, por venerarse allí, traído de Belén, el que sirvió de cuna al Salvador. Se llamó de Santa María la Mayor, por las glorias que lo distinguen entre todos los templos consagrados á la Virgen en Europa. Llamósele de Santa María Liberiana, por el papa Liberio, en cuyo pontificado ocurrió el prodigioso acontecimiento que motivó su construcción. Se le intituló de Santa María de Sixto, por el pontífice Sixto, que la enriqueció y amplió en gran manera. Entre todos estos títulos, ¿quién no reconoce como el más bello y más precioso el que le dió la gratitud de los fieles reconocidos á los favores obtenidos de María, llamándola Arca de las gracias y de las misericordias? Nó, no ha sido un sentimiento de ánimos vulgares, no fué una alucinacion de cerebros enfermizos, no fué un exceso de exagerada devoción, como acostumbraban á decir los antiguos hereges, como suelen repetir los modernos incrédulos, la causa que movió á los fieles á tanta confianza; fué, por el contrario, la certeza de encontrar en María, venerada con el título de Nuestra Señora de las Nieves, un refugio, una ayuda, una fortaleza, un poderoso socorro contra los males de la tierra, contra las asechanzas del Infierno; fué la misma experiencia quien ha demostrado, que la Virgen descendió al mundo en ocasion de una nevada para defender y para consolar á sus devotos.

Y ahora, hermanos míos, es llegado el momento de deducir las conclusiones que espontáneamente se desprenden de cuanto rápidamente dejo expuesto. En el augustísimo título de las Nieves se encuentran, como hemos visto, argumentos incontrastables de la bondad con que María nos guarda y nos socorre. Debemos por tanto concluir, que en las molestias de la vida, en las angustias del alma, en las enfermedades del cuerpo, podemos recurrir confiadamente á su poderosísimo patrocinio, en la seguridad de que seremos piadosamente confortados. Paréceme que desde su imágen la Virgen nos dice, que sus mayores delicias se cifran en hallarse en medio de nosotros para colmarnos de celestiales favores; que si eligió un lugar especial fué, para que su nombre, bajo el título de Nuestra Señora de las Nieves, fuese perpétuamente bendecido, y para que así invocada, en todos los templos y altares en que es venerada con este título, permanezcan siempre abiertos sus amorosos ojos y su hermosísimo corazón; que en ellos tendrá siempre inclinadas las pupilas y atentos los oídos para ver las humanas miserias, oír nuestras súplicas y consolarlos en nuestras aflicciones; y que por esto mismo, todos aque-

llos que por su ignorancia y por su debilidad pueden considerarse como parvulillos, pueden recurrir á Ella; y que á Ella pueden recurrir tambien todos aquellos que tienen necesidad de ser socorridos, de ser fortalecidos, de ser curados.

Confiemos, pues, hermanos carísimos, en esta generosa Bienhechora. Si nos vemos afligidos, digámosle: ¡Oh María! danos entre las angustias que nos rodean la paz del corazon. Si somos tentados, digámosle: ¡Oh María! en medio de las asechanzas de los enemigos espirituales que tan ásperamente nos combaten, danos la victoria. Si nos vemos asaltados por la duda, digámosle: ¡Oh María! entre las incertidumbres que nos rodean, ahuyentad las tinieblas y danos la luz. Sea completa nuestra confianza, sea entera, constante, en todos los peligros, en todas las ocasiones, en todos los momentos, y no veremos defraudadas nuestras esperanzas. María nos protegerá con su patrocinio, nos dispensará gracias temporales, cuando no sean nocivas á la salud del alma, nos otorgará poderosos socorros para vivir en la virtud, para crecer en la amistad del Señor, para conseguir la corona del premio en la region de los Bienaventurados; y si los espíritus infernales nos acometen, Ella descenderá del Cielo para correr en nuestra defensa y librarnos de tan terrible enemigo, de manera, que veremos cumplirse en nosotros el prodigio que dió lugar á la ereccion del templo del Esquilino.

Y Vos ¡oh María! consolad esta nuestra confianza. Sed nuestra guía cuando, pobres peregrinos en este valle de lágrimas, nos apartemos del buen sendero; sed nuestro escudo cuando por nuestra debilidad no podamos resistir la acometida de las pasiones; sed nuestra salvacion cuando nos veamos afligidos por el dolor; sed nuestra abogada cuando sea necesario defender nuestra causa delante de Dios. Si; por aquella gracia de que estais llena, por la misericordia de que sois tan rica, miradnos con ojos compasivos, y derramad sobre nosotros los raudales de nuestra beneficencia. Vea el mundo, vea el Infierno, que Vos sois nuestra Madre, y que no demorais el venir en nuestra ayuda para defendernos si somos oprimidos, para consolarnos si estamos afligidos, para libertarnos de la bestia infernal si de ella somos tentados.

LA DIVINA PASTORA.

Ego pascam oves meas.
Yo apacentaré mis ovejas.
(EZEQUIEL, XXXIV, 15.)

Cuando los que devotamente amaban á la Madre del Salvador se complacían en creer, que tributaban á esta Señora los obsequios y homenajes que caber pueden en la criatura; cuando el afectuoso corazon, al parecer, se había desahogado hasta el extremo en sentimientos de devocion y de ternura hácia tan estimable Reina; cuando la imaginacion descansaba ya en los brillantes y pomposos títulos, que su viveza y fecundidad le habían sugerido para honrar á esta hermosa Sunamítis; cuando los oradores más celebrados creían haber agotado las fuentes de la oratoria en alabanzas de esta Señora; cuando... Pero ¿por qué no lo hemos de decir de una vez? Cuando los Pontífices más celosos, las Religiones más fervorosas y los fieles más devotos, el mundo todo hacía resonar por todas partes los ecos de alabanza á María, creyendo haber agotado los mineros de sus loores; entónces, acordándose la Señora de los limitados alcances de la criatura, y queriendo aumentar los sentimientos de una devocion tierna, inspira á un celoso capuchino de Sevilla, que salga por las plazas y calles de esta ciudad, á proclamar á María por la *Divina Pastora* de los hombres. Entónces la celestial Reina, dando lugar más que nunca á las amorosas efusiones de su corazon, manda á su profeta que diga en su nombre al pueblo: «Pueblo mío, tú eres el objeto de mis desvelos, de mis solicitudes y de mi amor. Desde que tuve la fortuna de ser elegida Madre del Salvador, te miré como á mi rebaño, que debía alimentar, proteger y defender de tus enemigos. Yo te he enseñado los caminos de la virtud; he marcado tus pasos con el sello de la prosperidad, y he ahuyentado al enemigo allende de los abismos. Y si estos no son oficios de una pastora divina, dime, cuáles lo serán?»